

# Literatura de viajes en clave femenina: los pre-textos de Aurora Bertrana y otras viajeras europeas

Isabel MARCILLAS PIQUER

Departament de Filologia Catalana  
Universitat d'Alacant  
isabel.marcillas@ua.es

## RESUMEN

La mujer necesita argumentar su partida, cuáles son los motivos que la inducen a abandonar el hogar y a transgredir las normas de la propia sociedad. Por otra parte, el escrito necesita justificar por sí mismo su valor, con el objeto de poder ser equiparado al discurso dominante, es decir, el del hombre. Este artículo establece relaciones entre el género biológico y el subgénero literario conformado por la literatura de viajes para discernir los rasgos comunes y las convenciones que subyacen a los pre-textos de los libros de viajes en clave femenina. Ejemplos extraídos de las crónicas de Serena, Audouard, Belgiojoso, Bertrana, Sackville-West, etc. sirven de base a este trabajo.

**Palabras clave:** literatura de viajes, viajeras europeas, justificaciones, Bertrana, Belgiojoso, Sackville-West

[Recibido, enero 2011; aprobado, junio 2011]

## Travel literature from a female perspective : Aurora Bertrana's pre-texts and other European travellers

## ABSTRACT

Women need to reason their departure, what are the reasons that induce to abandon home and break the rules of society itself. Moreover, the writing itself needs to justify its value, in order to be equated with the dominant discourse, ie the man. This article explores the relationship between biological gender and literary subgenre consisting of travel literature to discern the common features and conventions underlying the pre-text of the travel books regarding women. Examples drawn from the chronicles of Serena, Audouard, Belgiojoso, Bertrana, Sackville-West, etc.. underlie this work.

**Keywords:** travel literature, European travellers, justifications, Bertrana, Belgiojoso, Sackville-West

## 1. Introducción

Jean-Claude Berchet, en su trabajo *Le voyage en Orient: anthologie des voyageurs français dans le Levant au XIXe siècle*, reflexiona entorno a la necesidad de justificar la aventura viajera y sobre la necesidad también de dejar testimonio de esta experiencia por escrito: «comme le récit autobiographique, dont il se rapproche si souvent, le récit de voyage éprouve le besoin de se justifier: pourquoi voyager? Pourquoi raconter ensuite son voyage? C'est donc par une mise en question qu'il a coutume de commencer» (Berchet 1985:63). De esta forma, Berchet reduce a una cuestión de índole estructural el hecho de hacer constar un pretexto o una justificación en las narraciones de viajes. En este sentido, pues, tanto hombres como mujeres se ven afectados por la necesidad de llevar a cabo este supuesto requisito formal que permanece subyacente a la escritura de una experiencia de esta naturaleza. Ahora bien, teniendo en cuenta el momento histórico que vivieron las viajeras a las cuales me referiré en este estudio, es necesario convenir que la justificación busca objetivos distintos atendiendo al sexo de aquel que protagoniza el viaje y siente necesidad de transmitirlo por escrito.

A continuación aludiré a las justificaciones que forman parte de la prosa de viajes de algunas mujeres que, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, visitaron —y en ocasiones habitaron— países lejanos, muchos de ellos pertenecientes a culturas contrapuestas a la occidental: Carla Serena, Olympe Audouard, Cristina Trivulzio di Belgiojoso, Vita Sackville-West, Henriette Angeville y Aurora Bertrana. El objetivo es analizar y, en cierta forma, clasificar los pretextos argumentados por las viajeras europeas en los escritos resultantes de su paso a través de la alteridad geográfica y cultural.

Pero antes de entrar en materia es necesario realizar algunas reflexiones referidas al objetivo propuesto. La primera de ellas está encaminada a considerar el motivo por el cual he utilizado la palabra *prosa* en lugar de *literatura*, por ejemplo. Con ello pretendo constatar el propio objetivo de las viajeras al escribir, dirigido no tanto a la belleza estética del texto presentado como a la transmisión de conocimientos derivados de la experiencia adquirida. El libro de viajes fluctúa, de esta manera, entre la expresión artística de sentimientos o percepciones provocados por el descubrimiento de una realidad ajena y el reportaje periodístico en el que, obviando recursos estéticos, la pasajera pretende concretar datos que transmitan al lector usos, costumbres y situaciones derivadas de una cultura que desconoce.

En el primer caso, la subjetividad de la autora envuelve la escritura del periplo viajero, en ocasiones en busca de una belleza estilística que confiera al texto una personalidad propia. En el segundo, el valor del testimonio escrito estriba simplemente en la palabra *conocimiento*. Con todo, no se puede negar que el yo autobiográfico resulta indisociable de la prosa de viajes, adquiera ésta o no, el valor estético de la literatura propiamente dicha.

Otra de las reflexiones que resulta pertinente se refiere al periodo histórico en el que las viajeras mencionadas llevaron a cabo su aventura: la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. La decisión de abordar este marco cronológico responde a condicionantes diversos. Por una parte, la segunda mitad del siglo XIX supone el auge de las sociedades coloniales. El afán expansionista europeo, la búsqueda de nuevos horizontes comerciales, el desarrollo de los medios de locomoción y una burguesía deseosa de nuevos conocimientos son, entre otras, las causas del apogeo del viaje entre las clases acomodadas europeas. También los movimientos feministas habían cobrado relevancia y la mujer, todavía con cierta timidez, comenzaba a abandonar el hogar para dar rienda suelta a un deseo de aventura en muchas ocasiones equiparable al masculino. Extender este periodo de renovados cambios económicos, sociales y culturales a las primeras décadas del siglo XX tiene, sobretudo, la finalidad de incluir en este panorama de viajeras, escritoras y europeas, a la periodista catalana Aurora Bertrana. Sin duda, Bertrana fue una mujer europea en toda regla, tanto por sus circunstancias biográficas como por su pensamiento y su quehacer cotidiano, en el que se mostró siempre como una mujer libre e independiente, capaz de tomar por sí misma las riendas de su vida.

Ahora bien, las circunstancias históricas de España hacían avanzar el país con retraso con respecto a las potencias europeas. El 1898, la pérdida de las últimas colonias colocaba al Estado español en inferioridad de condiciones económicas y, llegado el momento de luchar por una nueva expansión colonial, España sólo pudo aspirar a aquellos territorios norteafricanos menos apetecibles a la codicia europea. Asimismo, las ideas feministas llegaban con retraso a la Península. Ideas que habitualmente aparecían matizadas por ese trasfondo conservador que se negaba a aceptar que el papel de ángel del hogar se había quedado obsoleto también para la mujer española, en lucha por incorporarse sin más demora a las filas de la modernidad europea. Así pues, entre Cristina Trivulzio y Aurora Bertrana, habían transcurrido décadas en las que la mentalidad española sólo pudo avanzar a remolque de la europea. De ahí el hecho por el cual este trabajo no se refiere, más que con alguna excepción, a autoras absolutamente coetáneas.

He hecho mención, además, a países lejanos. No por dar al trabajo aire de misterio o de cuento. Simplemente con el objeto de intentar reflejar la realidad que vivieron estas pasajeras europeas y la necesidad de justificación que la lejanía implicaba cuando quien viajaba era mujer. Pero ¿qué tipo de mujer viajaba y plasmaba la experiencia por escrito? ¿Excepcional, de cualidades corrientes, trabajadora, burguesa, aventurera, comedida...?

## **2. Las viajeras-escritoras: circunstancias biográficas**

A continuación realizaremos un breve recorrido por las circunstancias biográficas de algunas de las mujeres que vivieron la aventura del viaje y la plasmaron por escrito. Sus crónicas viajeras conforman un mosaico, pequeño pero

representativo, de los motivos que las indujeron a emprender un periplo en aquellos momentos todavía arriesgado —por la lentitud y precariedad de los medios de transporte y comunicación— y considerado socialmente poco adecuado —a causa de su condición de mujer.

La biografía de Cristina Trivulzio di Belgiojoso resulta sumamente interesante. Imposible de resumir en la práctica las numerosas aventuras de las cuales fue protagonista y de las que deja constancia en algunos de sus libros de viajes, me referiré a ella de forma sucinta, simplemente con el objeto de argumentar la presencia o ausencia de justificación en su escritura viajera. La vida de esta aristócrata italiana, nacida en Milán el 1808, responde completamente a los estereotipos de una vida de novela y no al de una mujer corriente de principios del siglo XIX. Tenía solamente dieciséis años cuando se casó con el príncipe Emilio Barbiano di Belgiojoso y, aunque oficialmente no se divorciaron nunca, se separaron pocos años después.

Mujer bella, Belgiojoso tuvo un buen número de amantes entre los que se cuentan el poeta alemán Heinrich Heine, el compositor húngaro Franz List, el historiador francés François Mignet, el poeta también francés Alfred de Musset y tantos otros. Tomó parte en actividades políticas y se vio involucrada en asuntos de espionaje que la obligaron a huir en más de una ocasión. El año 1850 tuvo que exiliarse con su hija por motivos políticos; así, emprendió un viaje a Grecia que la llevó hasta el valle de Cıağ Mağ Oğlú, al lado de la actual Ankara. Fue entonces cuando se dedicó a escribir artículos sobre sus peripecias en tierras orientales, y también cuando redactó el volumen *Asie mineure et Syrie, souvenirs de voyages*, al cual me referiré en este estudio. Quisiera destacar, a demás, la condición de madre de Cristina Trivulzio, teniendo en cuenta que su hija viajaba con ella. A pesar de ello, curiosamente, en el texto mencionado la italiana renuncia a evocar la propia faceta de madre para dar así mayor cabida a su papel de mujer viajera y a las experiencias que esta circunstancia le proporciona. En este sentido, Belgiojoso rompe los estereotipos que explotaban la imagen maternal de la mujer, como ángel del hogar y como transmisora de los valores socioculturales propios de la civilización occidental.

Por su parte, Henriette Angeville fue la primera mujer que subió a la cima del Mont Blanc el 1838 pero, incluso habiendo realizado esta proeza, la autora se siente en la necesidad de justificar los motivos que la impulsaban a llevar a cabo actividades habitualmente reservadas a la esfera masculina.

Carla Serena, pseudónimo literario de Caroline Hartog Morgensthein, nació en Bélgica, entre el 1820 y el 1822. Adquirió la nacionalidad italiana cuando se casó con Leone Serena. Tuvo cinco hijos y no fue hasta cumplidos los cincuenta años que comenzó su labor periodística y su afición por los viajes. Entre otros destinos, recorrió Turquía, Oriente Próximo y Persia, donde fue acusada de espionaje. Las condiciones de vida de las mujeres de los países que visitaba le interesaban particularmente. Las *Lettres Helleniques* son el resultado de su experiencia oriental, las escribió para la Syllogus, una asociación para la instrucción de las mujeres de la cual fue nombrada miembro honorario. En este trabajo

me referiré especialmente a su libro de viajes *Mon voyage: Souvenirs personnels. De la Baltique à la mer Caspienne. Une Européenne en Perse* del 1881.

Olympe Audouard (1832-1890) creció en Marsella; su nombre de soltera era Félicité Olympe de Jouval, que cambió por el de Audouard cuando el año 1850 se casó con Henri-Alexis Audouard, abogado de profesión de quien se separó ocho años más tarde, aunque no fue hasta el 1885, cuando se aprobó la Loi Naquet —ley de divorcio francesa—, que consiguió divorciarse legalmente. Audouard fue una feminista que luchó por la igualdad de las mujeres, por su derecho a votar y a ser elegidas. Fundadora de dos publicaciones, *Le Papillon* y *La Revue Cosmopolite*, a la autora se la calificó de bas-bleu, adjetivo peyorativo con el que se definía a las mujeres que tenían ambiciones intelectuales. Son tres los volúmenes que Olympe Audouard dedica a sus viajes por tierras orientales: *Les Mystères de l'Égypte dévoilés*, *Le Mystère des sérails et des harems turcs* y *L'Orient et ses peuplades*.

El año 1851 nació Jane Dieulafoy en Toulouse. Sus orígenes burgueses le proporcionaron una sólida formación cultural. Casada con un ingeniero apasionado por el arte y la arqueología, Dieulafoy viajó con él a Persia, donde recorrió aquellas tierras, a caballo y vestida de hombre, durante catorce meses en los que colaboró con su marido en las tareas de restauración de edificios que le había sido encomendada. Fue autora de diversos libros de viajes que todavía constituyen una enciclopedia interesante referida a la antigua Persia. Se trata de textos como *Une amazone en Orient: Du Caucase à Persépolis* y *L'orient sous le voile: De Chiraz à Bagdad*.

No puede negarse que la vida y la escritura de Vita Sackville-West resultan también interesantes. Descendiente de una bailarina española y de un aristócrata inglés, Sackville-West nació en Kent el año 1892. Desarrolló una notable producción literaria en la que tuvieron cabida tanto la novela como la poesía, e incluso artículos referidos a la jardinería y las crónicas de viajes *Pasajera a Teherán* y *Doce días*. En este trabajo haré referencia a la introducción de la primera de ellas. La autora viajó a Persia en dos ocasiones, ambas con el objeto de visitar a su marido, Harold Nicolson, joven diplomático de éxito destinado a la legación de Teherán el año 1925. Vita Sackville-West se había negado a acompañarle puesto que ello suponía, en buena medida, la renuncia al tipo de vida que hasta entonces había llevado, que pasaba por el cuidado de su jardín de Long Barn y, cómo no, por la dedicación a la escritura. En enero de 1926 inició su primer periplo viajero, que se prolongó hasta el mes de mayo de ese mismo año. La relación de su aventura omite muchos detalles personales y, curiosamente, incluso excluye las posibles marcas de género en su escritura, de manera que no es hasta el final del relato que el lector corrobora que la protagonista es una mujer. En la primera parte de su viaje, hasta la India, la autora es acompañada por una amiga, Dorothy Wellesley, también escritora, pero Sackville-West prescinde de comentar esta circunstancia en *Pasajera a Teherán*. A partir de allí prosiguió el viaje en solitario y, posteriormente, compartió unos días con Gertrude Bell, también viajera impenitente.

Aurora Bertrana es la cronista que, en este estudio, me servirá para ejemplificar las justificaciones de las viajeras pertenecientes al ámbito peninsular. Nacida en Girona el mismo año que Vita Sackville-West, el 1892, las razones que la llevaron a viajar a Marruecos el 1935 poco tienen que ver con las que impulsaron a la británica. También periodista, Aurora Bertrana ya se había granjeado la fama de viajera cuando, años antes, había viajado a Tahití como acompañante del marido, que se disponía a montar una central eléctrica en Papetee. Fruto de aquel viaje, Bertrana publicó *Paradisos oceànics* el año 1930, batiendo un gran éxito de ventas. *Paradisos oceànics* presentaba algunos elementos que lo convertían en un título seductor: se refería a un territorio exótico, narraba experiencias autobiográficas y procedía de la pluma de una mujer, hija del reconocido escritor modernista Prudenci Bertrana. *Paradisos oceànics*, contraviniendo la norma habitual de la literatura de viajes de la época, se publica sin justificación, a diferencia de *El Marroc sensual i fanàtic*, la argumentada justificación del cual establece algunas correspondencias con las del resto de las viajeras europeas, comenzando por la misma necesidad de hacerla constar en la crónica autobiográfica.

### 3. La significación del viaje

Viajar es una actividad inherente a la humanidad. Movida por la necesidad de subsistencia en unas ocasiones, por el deseo de aventura en otras y por el afán de poder, en muchas, la humanidad ha viajado desde tiempos inmemoriales. No obstante, el viaje trasciende la cotidianidad del ser humano. Implica moverse hacia lo desconocido y, por tanto, conlleva un elevado componente de riesgo:

Il muoversi nello spazio sconosciuto è un atto difficile, per l'imprevedibilità che ad esso si accompagna. Varcare i limiti dello spazio conosciuto, nel quale si vive e si svolgono le attività vitali, rappresenta cioè una azione non ordinaria (Turri 1984:51).

Íntimamente ligado a nuestra propia biología, el viaje se encuentra implícito en el mismo acto del nacimiento en el que abandonamos el alimento y la seguridad del útero materno para enfrentarnos a lo desconocido. Más allá de la existencia de culturas nómadas, la evolución de la humanidad, con sus respectivos éxodos, migraciones, exilios o peregrinaciones, de forma colectiva o individual, forzada o voluntaria, ha supuesto la realización de viajes memoriales que han despertado, en quienes los han experimentado, la necesidad de contarlos.

Así pues, la narración del viaje se convierte en un complemento del mismo y, retomo ahora las palabras de Turri, en su «tributo finale» (Turri 1984:60). En este sentido podemos hablar de una retroalimentación entre la experiencia viajera, que lleva implícito el deseo narratológico, y la misma narración, que complementa el viaje aportándole una significación más amplia si cabe, en tanto que se transforma en una experiencia que, siendo narrada, se convierte en transmisora de cultura.

Es mediante la escritura, pues, que el viaje adquiere toda su significación. No viajamos justamente para contar, pero es cierto que esta experiencia subyace incompleta hasta que no la contamos. Es así como la literatura de viajes pasa a formar parte de un legado de la humanidad con ascendencia mítica que hunde sus raíces la misma Odisea. Y es así también como el viajero, el hombre, se convierte en héroe, que trasciende espacios, que supera límites físicos, impuestos por la propia naturaleza, y límites culturales, establecidos por la sociedad de la cual forma parte. La misma palabra, superación, indica que el hombre ha llevado a cabo una empresa difícil, en algunos casos además asumida solamente por las élites que disponen de suficientes recursos materiales para afrontarla.

Si bien el romanticismo como movimiento ideológico, sumado al desarrollo de los medios de locomoción y al apogeo de la burguesía, trivializan el significado del viaje que comienza a entenderse por la sociedad occidental como un elemento de consumo, la mujer que viaja tardará todavía en ser aceptada, cuanto menos considerada, en igualdad de condiciones que el viajero, el héroe por excelencia, capaz de afrontar situaciones extraordinarias dignas de ser contadas y, por supuesto, de ser tenidas en cuenta. Esta circunstancia me permite enlazar con las justificaciones o pretextos de algunas de las viajeras del XIX i del XX que, igual que muchos hombres, optaron por completar su paso por países y culturas ajenas dejando testimonio de su experiencia por escrito.

#### 4. *Pre-textos de mujer*

A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX dos circunstancias condicionan en especial la justificación, el prefacio o el *pre-texto* de un libro de viajes de autoría femenina. Por una parte, la mujer necesita argumentar su partida, especificar cuáles son los motivos que la inducen a abandonar el hogar y a transgredir, de esta manera, las normas de la propia sociedad. Todavía más si tenemos en cuenta que se trata de una transgresión doble ya que, al convertirse en viajera, la mujer invade un espacio reservado hasta el momento al género masculino. Por otra parte, la misma escritura de la experiencia femenina del viaje necesita legitimar su valor si desea que ésta sea equiparada al discurso dominante, es decir, al del hombre. Resulta evidente que para éste, a su vez, cualquier justificación se manifiesta como válida, desde el deseo de viajar por placer a la necesidad de hacerlo con el objeto de desarrollar alguna tarea de índole profesional. Así pues, por lo que se refiere a la escritura del viaje entendida como género literario, la justificación se convierte, en el caso del hombre, en un simple trámite formal, en tanto que para la mujer requiere una buena argumentación.

Teniendo en cuenta estas apreciaciones, y dejando de lado la posibilidad de realizar un estudio que pueda ser considerado de carácter preeminentemente feminista, entiendo que resulta pertinente establecer relaciones ente el género biológico y el subgénero literario conformado por la prosa o, si se prefiere, por la literatura de viajes.

La importancia que los argumentos expuestos otorgan al prefacio de estas narraciones comporta la necesidad de referirnos a algunos de ellos tanto para poder extraer elementos comunes como para determinar, así mismo, las convenciones sociales que subyacen a la escritura del viaje en clave femenina y la posibilidad de establecer si estos pre-textos son el espacio idóneo para la exaltación de la propia feminidad como instrumento de manipulación del futuro lector. En este sentido, Monicat (1996:65) apunta:

Les voyageuses se présentent comme des modèles devant suivre ou tenir compte d'un parcours prédéterminé, celui de La Femme. L'image conventionnelle qu'elles donnent d'elles-mêmes dans leurs préfaces est cependant loin d'être innocente, et la manière dont elles insistent sur le sous-texte, le modèle en question, en signale la fonction justificatrice. Elles utilisent un mécanisme dont elles manipulent le fonctionnement.

Por otra parte, una mujer que viajaba sola no esgrimía los mismos argumentos justificatorios que otra que lo hacía en compañía del marido, como solía ser habitual. El hecho de viajar como *esposa de* protegía generalmente a la mujer de cualquier tipo de crítica; la partida estaba así totalmente legitimada y la mujer viajera podía llegar a ofrecer una imagen modelo de abnegación a todas luces alejado del de aquellas otras mujeres que, por mostrarse como viajeras intrépidas, eran consideradas un peligro para la sociedad, idea que Lord Curzon propagaba antes de ser nombrado presidente la Royal Geographical Society de Londres.

Son dos los modelos de justificación que utilizan aquellas mujeres que viajan con su pareja. Algunas eligen el de la viajera que representa la imagen convencional de la mujer, feminizando de esta manera la aventura. Otras, en cambio, prefieren disociarse de este perfil y asimilarse al del hombre (Monicat 1996:65). En líneas generales, las primeras asumirán en sus textos la imagen de madre y esposa; contrariamente, las segundas se erigirán en portadoras de saber y buscarán la equiparación de sus escritos con los de los hombres. No obstante, de una manera o de otra, cuando anuncian su viaje, las mujeres han de enfrentarse a la reprobación general, por contraposición al género masculino que, habitualmente, es alentado a emprender la aventura. Así, aunque la manipulación del texto por parte de las autoras no sea en absoluto inocente, el uso del prefacio como elemento justificador en clave femenina supone un mecanismo de integración de la mujer en el sistema de valores vigentes en la sociedad patriarcal que ella misma retroalimenta.

Por lo que respecta a las partidas en solitario, las autoras las justifican en mayor o menor grado atendiendo a las características tanto personales como del mismo viaje. Si la mujer ejerce algún tipo de función pública, la justificación del viaje ya sea en el prefacio como en el mismo cuerpo textual, se hace menos evidente. Cristina Trivulzio di Belgiojoso es un buen ejemplo para esta afirmación.

Como he comentado anteriormente, la autora, implicada en asuntos políticos, se vio obligada a iniciar un viaje fácilmente clasificable como exilio volun-



tario. Los cambios sociopolíticos, las deudas contraídas y el hecho de tener una hija ilegítima eran motivos suficientes para aventurarse en la empresa viajera, circunstancia a la cual hay que sumar el hecho que la princesa Belgiojoso, antes de su marcha, ya ejercía funciones culturalmente asignadas al ámbito masculino; en este sentido, justificar el viaje carecía de fundamento. Pero incluso de esta manera, el destino elegido por la pasajera, Turquía, se consideraba poco adecuado para una mujer sola que viajaba en compañía de su hija; la decisión de instalarse en un país asiático en lugar de hacerlo en uno europeo hizo correr mucha tinta en París, donde ella misma publicaba artículos en *La Revue des deux mondes* (Hodgson 2005:31). Incluso se la adjetivó como epiléptica (Morandini 1980:61) con el objeto de desacreditar determinados comportamientos que, en una mujer, no podían proceder más que de alguien indeseable, tanto en cuanto se alejaba de los patrones comportamentales preestablecidos.

*Asie Mineure et Syrie. Souvenirs de voyages de Mme. la princesse de Belgiojoso*, como reza el mismo volumen, carece de introducción alguna que justifique la experiencia viajera. Sin embargo, la autora finaliza la narración aludiendo al carácter de exiliada con el que inicia una peregrinación de once meses desde la granja que se había convertido en su hogar en Turquía y donde regresa cuando ésta concluye (1858:423-424):

Certes, ce n'était pas le retour dans ma patrie, dans la maison de mes pères, aux lieux où s'étaient écoulées ni mon enfance ni ma jeunesse. Mais après un si long voyage à travers de pays inconnus, et au milieu d'une société si différente de toutes celles que j'avais fréquentées jusque-là, c'était quelque chose que de me dire: Cette maison m'appartienne [...]. Exilée sur une terre étrangère, je me retrouvais, après onze mois d'absence, dans le lieu où l'exile avait dépouillé pour moi quelques-unes de ses amertumes. Pendant ces onze mois, j'avais traversé deux fois, et presque dans toute leur étendue, l'Asie Mineure et la Syrie; j'avais subi les rigueurs des frimas d'hiver et l'ardeur d'un été d'Arabie; je ramenais tout ce qui m'était cher; moi-même je n'avais succombé ni aux privations ni aux fatigues, et je me sentais forte de mes souvenirs. Il y avait là de quoi rendre à Dieu de ferventes actions de grâces.

En este caso la peregrina no se refiere a su carácter de madre, ni a su estatus social en el ámbito europeo, ni a sus anteriores quehaceres políticos, ni mucho menos a su condición de mujer. Simplemente alude a la fortaleza que le ha permitido afrontar los inconvenientes del viaje y por la que, sin duda, debe dar gracias a Dios. Su discurso es pues equiparable al de cualquier otro viajero, hombre, en sus mismas circunstancias. ¿Tal vez se consideraba ella misma una especie de heroína?

Para Monicat (1996:71) hay una serie de viajes que pueden incluirse dentro del epígrafe proezas femeninas. Habla de proezas en tanto que el viaje emprendido por la mujer supondría también un reto para cualquier hombre. Justamente eso es lo que Belgiojoso parece pretender hacer pensar al lector al concluir la narración de su periplo. Por lo general, en estos casos, el éxito alcanzado por la

mujer, a pesar de la censura inicial de la sociedad, la convierte en una especie de ser excepcional y, por tanto, la justificación no presenta un grado de dificultad elevada o, simplemente, no es necesaria.

Los prefacios que incluyen las justificaciones más interesantes desde el punto de vista de un análisis en clave de género son, pues, aquellos que provienen de la mano de viajeras que no acompañan a sus maridos, que tampoco no desarrollan ninguna función pública reconocida y a quien el viaje no convierte en seres excepcionales. En estos casos, las autoras presentan todo tipo de argumentos a la hora de legitimar la experiencia viajera, como por ejemplo una especie de predisposición genética heredada de la figura masculina, una enfermedad circunstancial o la debilidad física constitutiva de la mujer, la obediencia al padre como incentivador del viaje o, en otras ocasiones, la necesidad de plasmar por escrito los conocimientos derivados del periplo por tierras desconocidas.

Resulta interesante ejemplificar este último caso con unas palabras de Carla Serena: «on savait que j'étais retenue au Caucase pour compléter l'ouvrage que le hasard m'avait fait entreprendre. Par amour pour ce travail, j'avais fait le sacrifice de rester loin des miens» (Serena 1881:246). Serena habla del sacrificio de que es capaz al objeto de completar un texto que ofrecerá nuevos conocimientos a los lectores, de la misma manera que la catalana Aurora Bertrana afirma: “Per atansar-me al món marroquí, per albirar ni que fos enmig boires l'ànima femenina musulmana, jo hauria fet qualsevol sacrifici” (Bertrana 2000 [1936]:27). Esta consideración de Aurora Bertrana aparece ya en el cuerpo textual, con todo, no deja de ser una justificación al amparo de la cual se desarrollará buena parte tanto de la crónica literaria del viaje a Marruecos de la periodista como de los artículos que, desde allí, enviaba a *La Publicidad*. Tanto Serena como Bertrana hablan de un supuesto sacrificio que, realmente, sólo responde al deseo de las autoras de conocimiento de la alteridad; una aspiración no siempre claramente relacionada con la pretensión altruista de ofrecer información a los lectores. Buscan demostrar que el viaje que han emprendido y su escritura encierran una finalidad reputada para no perder ellas mismas su reputación.

He comenzado este estudio hablando de la necesidad de legitimar no solamente el viaje sino también la escritura de esta vivencia: “pourquoi voyager? Pourquoi raconter ensuite son voyage?” se preguntaba Jean-Claude Berchet. Estas mismas observaciones aparecen reflejadas en el prefacio que Vita Sackville-West redacta el 1926 para su libro *Pasajera a Teherán*: “existe un problema en los viajes en sí. ¿A qué finalidad obedecen si no podemos comunicar nuestra experiencia ni oralmente ni sobre el papel? El deseo de transmitir la experiencia vivida es una de las debilidades humanas más naturales” (Sackville-West 2010 (1926):23). Estas palabras resultan todavía más paradigmáticas si tenemos en cuenta que están escritas por la mano de una mujer: viaje y escritura se complementan para formar parte de una sola experiencia que, por escapar de la cotidianidad, merece ser narrada.

De ahí que, no sea inusual que las viajeras incluyan reflexiones en torno a la necesidad de un prefacio que justifique, más que la narración del viaje, el moti-

vo que lo provocó. Este es el caso de Olympe Audouard quien, con objetivos retóricos, formula preguntas como estas:

Trouvez-vous, lecteurs, qu'une préface soit indispensable à un ouvrage? [...] Croyez-vous qu'il soit très nécessaire qu'un auteur écrive vingt ou trente pages pour vous expliquer ce qui l'a porté a faire ce livre; pourquoi il l'a fait; comment il l'a fait? (Audouard 1866:1-2)

Después de estas consideraciones claramente enfocadas a cumplir con las exigencias formales, al mismo tiempo que predisponen e implican al público en la lectura que tiene entre las manos, Audouard se enfrenta al verdadero objetivo del avant-propos: dejar constancia de que emprende el viaje a causa de una especie de predisposición genética heredada de su padre que, en este caso, es su acompañante: «Mon père adorait la mer et les voyages. Il ne pouvait voir un navire quitter le port sans pousser un profond soupir». Esta adoración del padre por los viajes se transforma en inquietud y curiosidad en la hija: «Moi aussi, j'ai grande envie de connaître l'Orient. Ce que j'ai lu sur ce pays m'intrigue; le sort des femmes enfermées dans les harems, ne sortant que voilées; [...] tout cela me paraît curieux à voir de près... Allons à Constantinople» (Audouard 1866:4-5). Así pues, Audouard cuestiona retóricamente la necesidad de justificar por qué un autor —notemos que en francés la palabra autor no adopta la forma femenina— toma la decisión de escribir un libro y, sin embargo, se apresura a respaldar su gusto por los viajes a través de la figura paterna. Audouard parece disociar ambas experiencias atendiendo al grado de peligrosidad: mientras el viaje precisa ser justificado, el proceso de escritura sobreviene de forma natural y no requiere mayores preámbulos que lo argumenten.

Por su parte, como ya he apuntado, Vita Sackville-West reivindica el valor del viaje en tanto que éste puede ser contado y, por tanto, transmitido. Recordemos que, mujer de procedencia aristocrática, emprende el viaje a Teherán con el objeto de reencontrarse con el marido, Harold Nicolson, que había sido destinado allí como diplomático. No obstante, a lo largo de la narración, en ningún caso Sackville-West justifica el viaje por la necesidad de reunirse con su pareja y, más aún, su texto no ofrece marcas que puedan inducir al lector a pensar que la narración está escrita por una mujer hasta el final<sup>1</sup> donde confiesa: “El oficial de aduanas de la frontera holandesa me propuso matrimonio” (Sackville-West 2010 (1926):218).

En las palabras introductorias de *Pasajera a Teherán*, el viaje se legitima simplemente por el placer que proporciona. Las marcas genéricas y las justificaciones que atienden al rol desempeñado por el individuo en la sociedad resultan sobreras para Vita Sackville-West, quien defiende el viaje como una pasión irracional a la cual pueden verse sometidos tanto hombres como mujeres:

<sup>1</sup> Pensemos que el título en inglés, *Passenger to Teheran*, omite el femenino.

Viajar es un placer íntimo, ya que se nutre por completo de cosas que se sienten y que se ven, de sensaciones que se reciben y de impresiones que se disfrutan visualmente. [...] Como todas las pasiones irracionales, tiene que aceptarse; quizás resulte molesto, pero es una realidad. [...] Lo que importa es el espíritu. Tenemos que tener la agudísima sensación que penetramos en lo que nos es desconocido: eso es, en una región que no suele ser la nuestra. Se hace necesario, sobretodo, no dar nada por sabido. El viajero inteligente es aquel que no deja de sorprenderse. (Sackville-West 2010 (1926: 27-28)

Sin duda, esgrimir el placer como argumento que justifica el viaje emprendido por una mujer en el año 1926 resulta bastante atrevido, de manera que, tal vez por este mismo motivo la autora elude las marcas de género y evita de esta manera sumarse al engranaje que permite incluir los discursos escritos por las mismas mujeres dentro del juego establecido por la cultura patriarcal. Vita Sackville-West reivindica la propia identidad obviando el verdadero motivo de su viaje: el reencuentro con su marido.

*El Marroc sensual i fanàtic* de Aurora Bertrana cumple con el requisito ineludible de la justificación. De hecho, el pre-texto de la narración lleva como título esta misma palabra “Justificación”. Pero el caso de Aurora Bertrana resulta un tanto especial si tenemos en cuenta que la fama de viajera la precedía a causa de su primer viaje a la Polinesia el 1926, como he apuntado anteriormente. Resulta especial también porque, antes de la edición del volumen citado, las crónicas que la periodista catalana redactaba mientras permanecía en Marruecos aparecían en *La Publicidad*, de manera que el público lector ya tenía constancia de sus aventuras por tierras norteafricanas. Con todo, la cronista no solamente se justifica sino que, desde el inicio, intenta sacar partido de su condición de mujer:

Els més amables dels meus amics, en assabentar-se que jo me n’anava per uns mesos al Marroc, sense acompanyant,<sup>2</sup> m’embolcallaren, els darrers dies, d’un esguard benivolent on es llegia un puntet de recança. Més cultes i menys ingenus que un saltataulells que va dir-me «¡Alerta amb els lleons!», ells s’acontentaren de mormolar un tímida «¡Vés amb compte!» (Bertrana 2000 [1936]:17).<sup>3</sup>

Como otras viajeras, Bertrana tiene que enfrentarse en primer lugar a la desaprobación general, evidentemente ocasionada por el hecho de viajar sola a África aún siendo mujer. Jane Dieulafoy explicita una situación muy similar a la que acabo de comentar:

<sup>2</sup> La cursiva consta en el texto.

<sup>3</sup> En las *Memòries fins al 1935*, Aurora Bertrana empieza el relato de su periplo viajero poco más o menos en los mismos términos: «Quan els meus amics van assabentar-se que jo projectava un viatge al Marroc i que aquest viatge seria llarg, i sense companyia, es van esverar. “¡Per què precisament al Marroc?”» (Bertrana 1973:793).

Quelques amis bien intentionnés tentèrent de me détourner d'une expédition, au demeurant fort hasardeuse, et m'engagèrent vivement à rester au logis. [...] A cette nouvelle on me traita d' "originale", accusation bien grave en province; mes amis les meilleurs et les plus indulgents se contentèrent de douter du parfait équilibre de mon esprit (Dieulafoy 1887:2-5).<sup>4</sup>

No obstante, y con el objeto de contrarrestar la opinión general, la autora catalana hace notar seguidamente el éxito de su empresa con estas palabras: «He tornat sana, estàlvia i satisfeta del meu viatge» (Bertrana, 2000 [1936]:17). Lo que resulta más importante todavía es que lo consigue a pesar de los inconvenientes que le ocasiona la propia condición sexual:

Per al musulmà corrent, una dona carregada d'uns estris tan poc femenins com estilogràfica, papers i kòdak, que mostra, impúdica, cames, braços i cara, que beu cervesa i que freqüenta homes, és capaç de qualsevol cosa. Les possibilitats malfactors, diablesques, desorientadores i perilloses d'aquesta desvergonyida fembra li semblen incalculables (Bertrana 2000 [1936]:18).

En este sentido, la actitud de Aurora Bertrana se contrapone claramente a la de otras mujeres que, aunque viajaban solas, rechazaban la posibilidad de explotar textualmente su condición sexual con la finalidad de justificar el viaje o alguna circunstancia acaecida durante su desarrollo. He mencionado anteriormente el caso de Vita Sackville-West, coetánea de Aurora Bertrana, pero otras viajeras, muy anteriores, ya se aventuraban a declinar la necesidad de hacer constar en sus textos una justificación. Tal es el caso de Henriette d'Angeville, quien se expresaba en estos términos:

Il est donc tout aussi extraordinaire de demander à celui qui aime les voyages: 'Pourquoi partez-vous?' que de dire à celui qui chérit la retraite: 'Pourquoi restez-vous dans vos foyers?' J'y trouve mon plaisir ou mon bonheur, sera la réponse de l'un et de l'autre (Angeville 1839:19).

Pero a pesar de las apariencias, Angeville se justifica, y lo hace aludiendo a la evidencia de una capacidad física que le permite llevar a cabo las mismas actividades que un hombre. Si en el caso de Henriette d'Angeville la posibilidad de justificación, tanto del viaje como de su posterior redacción, llega de la mano de unas aptitudes físicas comparables a las de los hombres, por lo que respecta a la viajera catalana, la excusa se ampara en la actividad intelectual. Las posibilidades malfactoras que le son atribuidas a una mujer que viaja en las condiciones en que lo hace Aurora Bertrana provienen del hecho de ocupar ámbitos reserva-

---

<sup>4</sup> Jane Dieulafoy viaja a Persia en dos ocasiones con su marido, ingeniero dedicado a la arqueología. Dieulafoy asume la labor de su pareja casi como propia, hasta tal punto que se considera un *colaborador* y no una *colaboradora*, seguramente por este motivo no argumenta ningún otro tipo de justificación para su experiencia viajera.

dos a la esfera masculina. Con todo, esta intromisión queda justificada en la sociedad occidental por la actividad que la autora desarrolla en la esfera pública «la meva tasca informativa», concreta Bertrana.

Así pues, tal como he apuntado con anterioridad, el desarrollo de actuaciones atribuibles tradicionalmente al sexo masculino, ya sean de carácter público o privado, contribuye a facilitar a la mujer la tarea justificadora de su periplo. Revestida de la autoridad que le otorga el hecho de ejercer una función pública ejecutada de forma habitual por los hombres, Aurora Bertrana expresa su agradecimiento hacia cuatro de ellos, sin la ayuda de los cuales, dice, no habría podido escribir el la crónica viajera. Bertrana recurre a la figura masculina para dar soporte y crédito a lo que relata, casi de la misma manera que Olympe Audouard se refugia textualmente en la figura paterna para fundamentar su viaje.

Una vez aclarados los motivos del viaje, la viajera/escritora debe explicitar los objetivos de la narración. Para Monicat, esto implica una doble finalidad: de un lado la integración en la tradición de los relatos de viajes y, del otro, la necesidad de hacer valer la propia originalidad en este ámbito (Monicat 1996:78). Más tradicional de lo que permiten intuir los párrafos iniciales, finalmente Aurora Bertrana da paso a la auténtica justificación del relato:

He dubtat sovint entre amagar l'anècdota personal o ofrenar-vos-la neta i clar, sincera i absoluta. Ha guanyat la darrera de les opinions. Si el meu llibre tingués la pretensió d'afegir un ensenyament nou, geogràfic, antropològic o etnogràfic a la vasta literatura nord-africana, faria nosa tot el que fa referència a les actuacions i emocions personals. No és així. Aquest recull un poc desordenat [...] no cerca altra possibilitat que distreure una estona els lectors (Bertrana 2000 [1936]:20).

La escritora desea ofrecer al lector la anécdota personal y remarcar de esta manera el carácter excepcional de su texto. No busca aportar ningún tipo de conocimiento científico que, de hecho, la alejaría de la subjetividad que es, justamente, la marca identitaria de la narración. Así, con un deje de humildad a modo de *captatio benevolentiae*, Aurora Bertrana afirma no pretender más que distraer a los lectores aunque, lejos de esto, se ofrece como un sujeto especial que muestra una visión particular de aquello sobre lo que escribe. Es en este sentido que la diferencia, remarcada desde el mismo prefacio del relato, la permite inscribirse dentro de la dinámica textual/social establecida por la voz del hombre.

## 5. Reflexión final

La experiencia del viaje, íntimamente ligada a la humanidad trashumante por naturaleza, adquiere sentido cuando es transmitida. Por este motivo viaje y escritura se complementan como dos partes de un todo que modifican y matizan su significado global para que pueda ser transmitido y aprehendido por otros. No obstante, mientras que la sociedad ha fomentado inmemorialmente esta práctica en el hombre, la ha restringido tradicionalmente en la mujer. Ésta debe

justificar su deseo de conocimiento del mundo externo al hogar, tanto más si este deseo se hace extensivo a un país lejano y a una cultura distinta a la propia.

La forma en que las mujeres legitiman el viaje en el prefacio de sus crónicas viajeras, y justifican el relato de la experiencia vivida, establece una relación directa entre el género biológico y la escritura. La condición sexual condiciona el viaje de la mujer de la segunda mitad del siglo XIX e incluso de las primeras décadas del XX, motivo por el cual necesita explicar la vivencia de forma diferente a como lo hace un hombre. En líneas generales, las viajeras con las que he ejemplificado el estudio proceden de medios sociales aristocráticos o burgueses, poseen un nivel cultural elevado y una cierta conciencia feminista que las impulsa a interesarse por los problemas de las mujeres de su tiempo. Todas ellas, implicadas en mayor o menor grado en el mundo literario, deciden dejar testimonio de su experiencia por escrito porque sienten que tienen algo que contar al mundo. En este sentido, no buscan tanto la belleza estética de sus textos como el valor documental que estos poseen.

Cada una de ellas se enfrenta al papel en blanco de forma distinta, porque cada una valora también de forma distinta la necesidad de justificar su aventura. Belgiojoso, mujer implicada en asuntos políticos, obvia explicar los motivos de su viaje, de sobra conocidos, y tampoco opta por argumentar la elección de un lugar *exótico* como destino de su exilio. La faceta de madre a penas interfiere en sus textos. La manipulación del lector parece no interesarle, tal vez porque como mujer *pública*, reprobándola o apoyándola, tiene al público asegurado.

Por otro lado, mientras que la experiencia de Angeville entra a formar parte del capítulo de *proezas femeninas*, que la misma autora justifica a través de su capacidad física, comparable a la de un hombre, Carla Serena conviene que es el azar el que la ha inducido a viajar y a convertirse en una *sacrificada* portadora de saber para sus lectores. Por su parte, Audouard no encuentra sentido al hecho de tener que justificar por qué se escribe un libro; sin embargo, se ampara en los gustos del padre para respaldar su impulso viajero. Por lo tanto, también se justifica.

La justificación de Dieulafoy es evidente, ya que viaja con el objeto de acompañar a su marido. Sin embargo, esta pasajera a Persia opta por no feminizar la aventura destacando una posible posición de esposa resignada, obligada a viajar a países ignotos; por el contrario, se viste de hombre, toma una carabina y una cámara de fotografiar y se autodenomina *colaborador* del marido —remarquemos el carácter masculino del término. Su misión es importante en tanto que ocupa un espacio reservado al hombre.

Vita Sackville-West prefiere omitir las marcas de género en toda su crónica viajera; excepto en el final, donde descubre su verdadero sexo. Rehuye condicionar al lector con sus propios condicionantes y disfruta del viaje y del relato convirtiéndolos en un todo indisoluble, íntimo y personal, que forja su propia personalidad.

No tiene nada que ver la discreción en cuanto al propio sexo en la narración de Sackville-West, con la exhibición de Aurora Bertrana de su condición de

mujer en la “Justificació” de *El Marroc sensual i fanàtic* y, en general, a lo largo de toda la crónica. La catalana deja bien claro que es ella quien viaja, una mujer con un objetivo concreto, escribir. En su narración no desea prescindir de los inconvenientes surgidos a lo largo del viaje, a causa de su sexo, y se inclina por sacar partido a esta circunstancia mediante una justificación que potencia la *captatio benevolentiae*. Si bien la condición sexual puede coartar su actividad como viajera, la escritura le permite exponer la aventura como más convenga a sus intereses.

Así pues, en la prosa de muchas viajeras, la manipulación, en absoluto inocente, del prefacio o pre-texto se convierte en una fórmula efectiva para conseguir el visto bueno del público lector en concreto y de la sociedad en general. Pero a pesar del beneficio, a todas luces superficial, que parece derivarse de esta circunstancia, en un buen número de ocasiones las autoras contribuyen, inconscientemente, a nutrir con sus textos el sistema de valores de un patriarcado que las condena a la eterna justificación.

## 6. Bibliografía

### -Prosa de viajes

- ANGEVILLE, Henriette d' (1987[1839]): *Mon excursion au Mont-Blanc*. Paris: Editions Arthaud.
- AUDOUARD, Olympe (1866): *Les mystères du Sérail et des Harems Turcs*. Paris: E. Dentu, Éditeur.
- (1866): *Les Mystères de l'Égypte Dévoilés*. Paris: E. Dentu, Éditeur.
- BELGIOJOSO, Cristina (di) (1858): *Asie Mineure et Syrie, souvenirs de voyages*. Paris: M. Lévy.
- BERTRANA, Aurora (1973): *Memòries fins al 1935*. p. 793. Barcelona: Pòrtic.
- (1988 [1930]): *Paradisos oceànics*. Barcelona: La Sal.
- (2000 [1935]): *El Marroc sensual i fanàtic*. Barcelona: Columna.
- DIEULAFOY, Jane (1887): *La Perse, la Chaldée et la Susiane*. Paris: Hachette.
- (1888): *A Suse, journal des fouilles. 1884-85*. Paris: Hachette.
- SACKVILLE-WEST, Vita (2010 [1926]): *Pasajera a Teherán*. Barcelona: Editorial minúscula.
- SERENA, Carla (1881): *Mon voyage: Souvenirs personnels. De la Baltique à la mer Caspienne. Une Européenne en Perse*. 2 Vol. Paris: Maurice Dreyfous.

### -Bibliografía crítica

- ARCHER BROMBERT, Beth (1977): *La princesse Belgiojoso, ou l'engagement romantique*. Paris: Albin Michel.
- ARRIAGA, Mercedes (2007): “Viajeras italianas entre oriente y occidente”. *Relatos de viajes y miradas de mujeres*, María de Mar Gallego i Eloi Navarro (eds.), pp. 37-49. Sevilla: Ediciones Alfar.



- BERCHET, Jean-Claude (ed.) (1985): *Le voyage en Orient: Antologie des voyageurs français dans le Levant au XIXe siècle*. Paris: Laffont.
- HODGSON, Barbara (2005): *Rêve d'Orient. Les occidentales et les voyages en Orient. XVIIIe-Début du XXe siècle*. Paris. Seuil.
- MONICAT, Bénédicte (1996): *Itinéraires de l'écriture au féminin. Voyaguses du 19e siècle*. Amsterdam: Editions Rodopi.
- TURRI, Eugenio (1984): "Del viaggiare: Tra spazi rituali e spazi turistici". *Erodoto*, 7-9, pp. 50-75.